

CUENTO N° 228

TÍTULO: LAS MANOS DE RICARDO

SEUDÓNIMO: SACHI

AUTORA: ROSA DEL CARMEN INOSTROZA RODRÍGUEZ

LAS MANOS DE RICARDO

Sachi

Desde hacía tiempo había comenzado a despedirse. Por eso, la noticia del suicidio no sorprendió a nadie. Menos a Julia. Por el contrario, le produjo un enorme desagrado esa mañana de enero, cuando el telegrama llegó a sus manos.

- ¡Qué desperdicio! Ponerme traje oscuro, cuando pensaba vestirme de amarillo, exclamó, mientras arrojaba al suelo el papel que, momentos antes, apretujara con rabia.

Preparó una a una sus ropas sobre la cama, como en un ritual, mientras le parecía sentir sobre su cuerpo la extraña mirada de su amante, ahora muerto.

Es que, muy a su pesar, Ricardo poseía la facultad de poner en jaque todas sus emociones. Parecía conocer todos los secretos de su intimidad. Y se odiaba por ello. Una mujer resuelta y segura de sí misma no podía sentir esa debilidad. Comenzó a odiar a su amante, convencida de que éste sólo la utilizaba.

Encendió un cigarrillo, que sus labios sujetaban a duras penas. Aspiró una gran bocanada de humo, que expulsó lentamente. Aún sentía las manos de Ricardo sobre su cuerpo, con esa búsqueda interminable, que ella jamás alcanzó a comprender.

Tuvo la imperiosa necesidad de ducharse. Quería, de alguna forma, borrar esas huellas. Borrar la inquietante sensación de que el difunto la poseía con rabia. Que la miraba sin verla. Como quien mira una pantalla. Sin ver la imagen.

Por eso, desde que se hicieron amantes, Julia solía sorprenderse frente al espejo, hurgando cada detalle de su rostro y de su cuerpo, en un vano intento por descubrir que era lo que Ricardo veía proyectado en ella.

Bebió un vaso de whisky antes de partir al funeral. Su marido contemplaba el féretro. Su rostro descompuesto llamó la atención de Julia.

-¿Qué te ocurre? Tienes una cara...

-Esto me sobrepasó. Es todo.

No convencida, la mujer insistió.

-Entiendo que se trata de tu mejor amigo, pero debes superarlo.

Su marido le devolvió una mirada tan fría e irónica, que Julia se sobresaltó.

Mario cogió la mano de su mujer, apretándola fuertemente. Ajeno al sermón del sacerdote, recordaba la última vez que habló con su amigo. Había irrumpido abruptamente en su despacho. Se veía sudoroso, pálido, con los ojos desorbitados.

-¡Soy el amante de tu mujer! Le había gritado Ricardo. Pero eso es lo de menos. Lo que me está matando es lo que he callado por años, una verdad que me está matando por dentro... ¡estoy enamorado de ti, siempre lo estuve!

Desde entonces le costaba conciliar el sueño. Tenía la impresión de estar atrapado en una perturbadora broma.

-Cómo voy a creer tamaña barbaridad, si siempre se quedaba con mis novias de juventud, se repetía a sí mismo. Contradictorio, por lo demás, enterarme de que era el amante de mi esposa. ¡No tiene lógica!, se decía. Sin embargo, Ricardo le juraba que era verdad.

-Me hice su amante para buscarte a través de su cuerpo. Allí estaban tus huellas. En su cuerpo me encontraba contigo...mis manos lo recorrían buscándote,... le había dicho.

Luego de esa confesión, Ricardo cerró la puerta para siempre.

-Amor, estás temblando, le dijo Julia, rescatándolo de ese recuerdo que lo perturbaba.

Regresaron a casa en completo silencio. Mario decidió callar.

Se desplomó sobre el sofá. Julia le sirvió un vaso de whisky doble, como le pidió que lo hiciera. Lo bebió de un sorbo. Miró a su mujer. Ésta se incomodó. Su marido tenía esa extraña mirada. La condujo a la habitación. La arrojó a la cama, con fuerza, en silencio. Y comenzó a amarla con rabia, la miraba sin verla. Entonces, las manos de Mario recorrían el cuerpo de Julia, en una búsqueda interminable...

Sachi